

TRIBUNA | El primer ministro de Francia, Lecornu, fuerza a elegir «entre la República y la violencia». Pero los nuevos bárbaros han elegido las dos: la violencia protegida por la República ¿Cuál es el coste de la destrucción? Casi cero

La barbarie se va de vacaciones

EMILIO LAMO DE ESPINOSA

LAS IMÁGENES SE repiten en las calles europeas. Automóviles incendiados, comercios saqueados, escaparates destrozados, barricadas, enfrentamientos con la policía. Francia ha vuelto a ser escenario de una violencia que, con distinta intensidad, aparece miméticamente en otros países. Las explicaciones son bien conocidas: precariedad, desigualdad, dificultades de acceso a la vivienda, frustración juvenil, inmigración mal integrada, crisis de representación política. Es el viejo reduccionismo sociológico: las condiciones materiales explicarían por sí solas los comportamientos. Y sin duda tiene parte de verdad. Pero las causas del malestar no explican por sí solas las formas de su expresión, y lo que hoy necesitamos comprender no es tanto por qué se protesta, sino por qué se destruye ¿Por qué convertir las calles en escenarios de una violencia que parece haber adquirido autonomía respecto de cualquier reivindicación? ¿Por qué arrasar una tienda después de haberla saqueado, hacer trizas de los escaparates, vandalizar el mobiliario urbano, quemar edificios públicos? Lo relevante hoy es explicar la forma, no el contenido.

Creo que hay que buscar una explicación más profunda, en la frontera entre la sociología y la antropología. Pues sospecho que estas explosiones de violencia no expresan tanto el deseo de destruir el orden civilizado como el de abandonarlo temporalmente, dando por descontada su permanencia. No

son revolucionarios, no quieren otra sociedad, tampoco pretenden regresar a un estado permanente de anarquía. De hecho, es una extraña alianza negativa a la que sólo une un significativo vacío: el «anti-fascismo», una etiqueta que nadie sabe lo que es hoy. Pues la

movida es expresiva, no instrumental, y se satisface a sí misma en una aventura, riesgo, transgresión y excitación colectiva.

Freud habría hablado de Tánatos, la pulsión de muerte, de la agresividad que la civilización reprime pero nunca consigue eliminar. Pero no parece que estos nuevos bárbaros deseen realmente destruir el mundo en el que viven. Incendian vehículos, saquean comercios, desafían a la policía, pero después regresan a sus casas, consultan de nuevo sus teléfonos y reanudan su vida ordinaria. Nietzsche habría reconocido una rebelión contra la existencia domesticada y Georges Bataille la necesidad humana de exceso y de gasto improductivo, un fuego purificador que alivia pasiones... antes de volver a casa. Más que pulsión de muerte

encontramos una búsqueda de intensidad vital mediante la transgresión, una suerte de orgiástica *rave* urbana.

Y la clave no está solamente en los individuos, sino en la multitud, en la masa. Émile Durkheim hablaba de la «efervescencia colectiva»: esa extraordinaria intensificación emocional que experimentan los individuos cuando actúan colectivamente. La multitud proporciona poder a quienes individualmente carecen de él, identidad a quienes se sienten aislados y una experiencia de pertenencia que el individualismo y la soledad urbana no ofrecen. En la violencia colectiva se experimenta una poderosa comunión emocional; no se destruye para conseguir algo sino por la excitación de estar juntos y sentirse partícipes de un evento *histórico*. Una repetición del «Yo estuve en mayo del 68».

Todo se presenta como una suerte de carnaval postmoderno. En el carnaval tradicional se invertía el orden social: las jerarquías se ridiculizaban, las prohibiciones se suspendían y los subordinados podían burlarse de los poderosos. Pero había una condición fundamental: el carnaval terminaba. La transgresión era provisional y eso suponía la continuidad del orden que aparentemente negaba ¿No estamos contemplando una versión contemporánea, violenta y desregulada de ese mecanismo? Durante unas horas desaparecen las normas ordinarias, las calles se convierten en escenarios de confrontación y los participantes experimentan una libertad salvaje. Después... el orden regresa.

Los mismos protagonistas confirman la tesis de la transgresión que afirma el orden. Pues ¿quiénes protagonizan esos paseos por el «lado salvaje» de la vida (Lou Reed)? Mas allá de una minoría de profesionales de la violencia, encontramos jóvenes, a menudo adolescentes, más sectores de emigrantes con serias dificultades de integración social. No conviene generalizar ni confundir inmigración con violencia, pero la posición social de los participantes resulta significativa. La juventud es una frontera biográfica entre la dependencia infantil y las responsabilidades adultas; la marginación, una frontera entre la pertenencia institucional y el reconocimiento social. Son posiciones de transición, de identidad incierta, liminales, en las que se juega con los límites para testarlos. No están fuera de la civilización pero mantienen una relación ambivalente con sus instituciones que al tiempo niegan y presuponen.

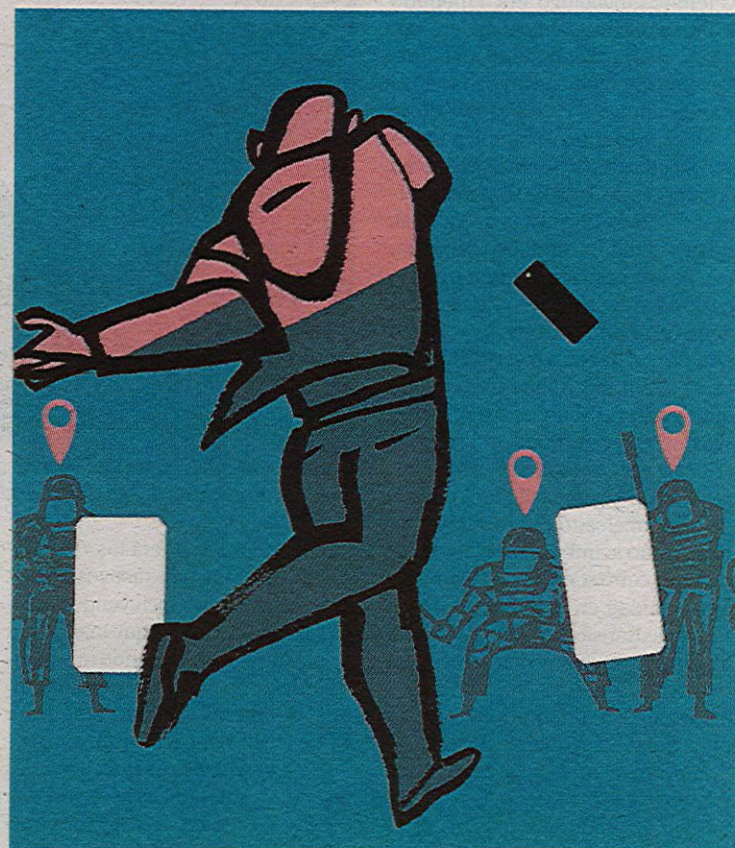
El pillaje añade una paradoja todavía más reveladora de esa ambivalencia. Se saquean establecimientos de electrónica, moda, zapatillas deportivas o artículos de lujo y al tiempo se destruyen también las tiendas. Robert K. Merton explicó que las sociedades modernas generan comportamientos desviados cuando universalizan determinados objetivos —como el consumo— sin proporcionar los medios legítimos para alcanzarlos. El saqueador no rechaza los valores de la sociedad de consumo, al contrario. Los ha interiorizado tan profundamente que la imposibilidad de satisfacer sus aspiraciones se transforma en frustración y resentimiento. Desea los objetos que la tienda contiene, pero experimenta hostilidad hacia la frontera social que representa. La mercancía es simultáneamente objeto de deseo y símbolo de exclusión. El pillaje es un carnaval del consumo: se suspenden las reglas del mercado, pero se confirman sus valores.

Y llegamos a la paradoja fundamental. Habitualmente interpretamos estas explosiones de violencia

como síntomas de des-civilización. Pero quizá revelen, contraintuitivamente, la profundidad de algunas conquistas civilizatorias. Hay una circunstancia especialmente reveladora: aunque estos disturbios pueden ocasionar víctimas mortales y lesiones gravísimas, no parecen caracterizarse por una voluntad organizada de homicidio, no se busca eliminar físicamente al adversario. Es una transgresión selectiva: se suspenden determinadas normas pero continúan operando prohibiciones morales más profundas. El carnaval parece tener límites. Al menos los ha tenido hasta ahora.

LA TRANSGRESIÓN PRESUPONE la norma; el carnaval presupone el orden; la aventura presupone la seguridad. Pues estos comportamientos solo son posibles porque sus protagonistas dan por descontada la continuidad del orden civilizado. Pueden desafiar a la policía porque saben que está sometida a restricciones jurídicas y no va a desenfundar sus armas; pueden destruir bienes porque presuponen que serán reparados; pueden interrumpir la normalidad porque confían en que regresará. Es más, el transgresor puede permitirse incumplir las reglas porque presupone que la inmensa mayoría continuará cumpliéndolas de modo que la civilización se convierte en la infraestructura invisible de la transgresión. Es lo que podríamos llamar una barbarie protegida: una violencia que vive de la seguridad que aparentemente desafía. El primer ministro Lecornu fuerza a elegir «entre la República y la violencia». Pero ellos han elegido las dos: la violencia protegida por la República ¿Cuál es el coste de la destrucción? Casi cero.

Nada de esto garantiza que esos límites no puedan quebrarse. La historia demuestra que las transgresio-



JAVIER OLIVARES

nes inicialmente acotadas pueden adquirir dinámicas propias y nada asegura que esos nuevos bárbaros no acaben liquidando la civilización que les sustenta. Pero quizá convenga distinguir entre una barbarie que pretende destruir la civilización y otra que necesita de su permanencia para poder manifestarse. El bárbaro antiguo vivía fuera de la civilización; el nuevo bárbaro vive dentro de ella, disfruta de sus beneficios y cuenta con su fortaleza para abandonarla durante unas horas. No quiere destruir la civilización: como un niño malcriado y mimado solo quiere tomarse unas vacaciones de ella. Esperemos que solo sea eso.

Emilio Lamo de Espinosa es catedrático emérito de Sociología y miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas